

ANTONIO SOCCI

EL SECRETO DE BENEDICTO XVI

POR QUÉ SIGUE SIENDO PAPA



EL SECRETO DE BENEDICTO XVI

Por qué sigue siendo Papa
Antonio Socci

Traducción

Pablo Boccanera e Isabel Matarazzo

BIBLIOTHECAHOMOLEGENS

© 2018 Mondadori Libri S.p.A.

Rizzoli, Milan

© Homo Legens, 2018

Calle Monasterio de las Batuecas, 21

28049 Madrid

www.homolegens.com

Colección dirigida por Gabriel Ariza

De la traducción: © Pablo Boccanera e Isabel Matarazzo

Título original: Il segreto di Benedetto XVI. Perché è ancora Papa (2018)

Maquetación: Blanca Beltrán Esteban

ISBN: 978-84-17407-53-7

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

El origen místico, económico y político del drama

Iglesia e imperio, como en la crisis arriana

Quiénes (y por qué) querían una revolución en la Iglesia

SEGUNDA PARTE

Lo que no se entendió: Benedicto Papa para siempre

La (no) renuncia al papado

El (verdadero) poder del papa (emérito)

TERCERA PARTE

Fátima y el último papa

El poder de los sin poder

«Todo puede ser»

Conclusión

Si se removiera del mundo a la Iglesia, el mundo llegaría a su fin en poco tiempo.

John Henry Newman

Me gritan desde Seír: «Vigía, ¿qué queda de la noche? Vigía, ¿qué queda de la noche?».

Isaías 21,11

PRIMERA PARTE

EL ORIGEN MÍSTICO, ECONÓMICO Y POLÍTICO DEL DRAMA

Por último llegó un momento en que todo lo que los hombres habían venido considerando como inalienable se hizo objeto de intercambio, de tráfico y podía enajenarse. Es el momento en que incluso las cosas que hasta entonces se transmitían pero nunca se intercambiaban, se donaban pero nunca se vendían, se adquirían pero nunca se compraban, tales como virtud, amor, opinión, ciencia, conciencia, etc., todo, en suma, pasó a la esfera del comercio. Es el tiempo de la corrupción general de la venalidad universal o, para expresarnos en términos de economía política, el tiempo en que cada cosa, moral o física, convertida en valor dinerario, es llevada al mercado para ser apreciada en su más justo valor.

Karl Marx

* Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, cap. 1: http://www.elsarbresdefahrenheit.net/documentos/obras/1928/ficheros/KM_MdelaF.pdf.

Y hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente, de modo que nadie pueda comprar ni vender si no tiene la marca o el nombre de la bestia. Aquí se requiere sabiduría. El que tenga inteligencia, cuente la cifra de la bestia, pues es cifra humana. Y su cifra es seiscientos sesenta y seis.

Apocalipsis 13, 16-18

IGLESIA E IMPERIO, COMO EN LA CRISIS ARRIANA

La oscuridad total se verifica cuando todos cierran los ojos.

Rastko Zakic

«La Santa Madre Iglesia se encuentra ante una crisis sin precedentes en toda su historia», ha escrito el padre Serafino M. Lanzetta. También R. Emmett Tyrrell Jr., en el *Washington Post*, usa la misma imagen: «Ha llegado la hora de que el Papa Francisco reconozca que ha estado al frente de la Iglesia católica en un momento de crisis sin precedentes»¹.

La dolorosa serie de escándalos por abusos que la arroja –y que el vértice vaticano no afronta– es sólo la punta del iceberg de un gran desconcierto espiritual.

El nódulo del drama, más amplio y profundo, es la crisis de credibilidad del papado de Jorge Mario Bergoglio, origen de una inmensa confusión entre los fieles, y el inminente riesgo de desviaciones de la doctrina católica que podría llevar a la cristiandad a la apostasía y el cisma.

En el fondo de todo esto encontramos el acontecimiento traumático de la renuncia de Benedicto XVI. El cardenal Walter Brandmüller ha escrito que «la renuncia de un Papa presupone –y crea al mismo tiempo– una situación eclesial muy peligrosa»².

Pero la trágica situación en la que se encuentra la Iglesia católica, no se refiere solamente a los católicos: afecta también a la sociedad entera. No por casualidad coincide con un momento de preocupante turbulencia en el plano espiritual, cultural, civil. Y también geopolítico.

En el libro *La profecía finale* he recogido las muchas advertencias sobrenaturales que le han llegado a la Iglesia y al mundo a través de apariciones y profecías sobre este nuestro tiempo que parece verdaderamente decisivo en la historia de la humanidad.

La Iglesia, con su sacrificio eucarístico cotidiano, es el gran exorcismo que impide que el Mal se propague y con-

duzca a la humanidad a la autodestrucción: y, sin embargo, es precisamente este sacramento el que hoy se encuentra bajo ataque por parte de quien debería custodiar la recta fe.

Por eso es esencial entender cuál es el origen de esta situación que debilita la presencia salvífica de la Iglesia y su fuerza de intercesión y protección.

La causa de la crisis actual –como la «carta robada» de Edgar Allan Poe– se busca por todas partes y, sin embargo, ha

estado desde siempre ante nuestros ojos, bien en evidencia. Sólo que nadie ha pensado –o ha querido– buscarla allí donde, efectivamente, debía estar y donde se encuentra: se trata de la falta de fe, del modernismo y de la apostasía que invaden incluso el mundo eclesiástico. Todo esto se ha mezclado con la nueva situación geopolítica que se ha creado después de la caída del comunismo en el Este europeo: podríamos definirla como una globalización neocapitalista que es ideológicamente anticatólica.

La sintonía entre los dos fenómenos se ha manifestado hacia 2013, con la fuerza explosiva de un rayo contra la «piedra» fundamental sobre la que se apoya el edificio católico: el Vicario de Cristo. Nunca antes había sucedido.

«De hecho, el papado, hasta un instante antes de la renuncia de Benedicto XVI» escribe Fabrizio Grasso «ha sido la única institución política (además de espiritual) en el mundo que nunca ha vacilado desde el momento de su fundación. Ni siquiera la Revolución francesa, la brecha de Porta Pia y el Concilio Vaticano II (que ha provocado una herida aún abierta dentro de la Iglesia), han sido capaces de poner en crisis el monumento político de Occidente»³.

Así, para comprender lo que ha sucedido y está sucediendo es necesario volver a lo que se verificó entonces.

Es lo que encontraréis en estas páginas. Pero antes es necesario hacer una breve incursión en los primeros siglos cristianos.

Después de los tres primeros siglos de persecución,

que marcan el inicio de su camino, con el martirio de casi todos los sucesores de Pedro, la Iglesia no se encontró en absoluto a salvo con el Edicto de Constantino del 313 d.C.

Al contrario, precisamente en aquél momento tuvo que afrontar un peligro nuevo, imprevisto y mucho más insidioso que la persecución imperial: la contaminación imperial, es decir, la herejía arriana –por influencia del emperador que apoyaba esta corriente heterodoxa interna– se estaba extendiendo en la Iglesia, minando la verdadera fe y la verdadera doctrina, o sea, minando a la propia Iglesia en su raíz.

La afirmación de la herejía arriana se dio con modalidades que después tenderán a repetirse. El beato cardenal John Henry Newman, que estudió aquellos hechos, escribía:

En ellos vemos [los arrianos, NdA] la misma tendencia a adaptar el Credo cristiano al humor de un soberano terrenal, la misma riqueza argumentativa en defensa de su propia versión del Credo, su profanación temeraria de las cosas sagradas, la misma paciente difusión del error, en beneficio de los tiempos que les seguirán⁴.

Newman (que también atribuye a los arrianos la «crueldad y dureza de corazón que manifestaron en las persecuciones que fomentaron contra los católicos») ha demostrado que esa fue la crisis más grave en la historia de la Iglesia, más aún que las persecuciones que desde los orígenes han marcado de sangre el camino.

El pensamiento teológico-político cristiano siempre ha creído que ahí estaba la peor amenaza: no las persecuciones en sí, sino un odio persecutorio del mundo que se sirve de la demolición de la fe desde dentro, por medio de la apostasía de la verdad.

No es casualidad –basándose en la Sagrada Escritura– que la Iglesia enseñe que el Anticristo se presentará como «impostura religiosa» y que será la mayor encarnación de esta amenaza constante.

Lo explica bien, en el n. 675, el Catolicismo de la Igle-

sia Católica:

Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes. La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra desvelará el "Misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne.

Por eso la Iglesia siempre ha buscado –en la medida de lo posible, en la hostil oscuridad del mundo– impedir que las fuerzas mundanas pudieran minar la pureza de la fe, de la doctrina católica, y desnaturalizar la misión divina de la Iglesia.

La Iglesia siempre ha sabido que sufriría la persecución, y que no debía temer el martirio del cuerpo. Pero siempre ha procurado protegerse de los poderes mundanos y las herejías que atentan al alma de la Iglesia.

Es verdad que se ha tratado de construir continuamente sobre un equilibrio dramático e inestable; sólo hay que pensar en la lucha de las investiduras entre el papado e imperio (entre los siglos XI y XII) o en el periodo de Aviñón (siglo XIV) o el final del Estado pontificio (segunda mitad del siglo XIX).

Las grandes y medianas potencias que, unas después de otras, le han dado protección, han buscado, de todas las maneras posibles, influenciar o condicionar incluso la autoridad espiritual más grande del mundo: el papado.

Pero, incluso tratándose de estrategias de poder geopolítico que a menudo han causado daños a la Iglesia, eran siempre «Estados católicos» o –por interés político– no adversarios, que tenían el objetivo de ampliar o reforzar su influencia internacional, y no la de cambiar y falsear la naturaleza de la Iglesia, su misión y su doctrina.

Solamente ha habido otro caso en el pasado en el que el poder político –apoyando una herejía– ha atacado el corazón de la fe y, de hecho, ha ocasionado la tragedia espiritual más grande de la historia cristiana: el cisma protestante.

Se trató, en efecto, de una herejía en el interior de la Iglesia, apoyada y amplificada por los príncipes alemanes debido a sus fuertes intereses económicos y políticos anti romanos. Y gracias a esta unión política y económica el protestantismo pudo extender sus enormes efectos⁵.

Sin embargo, no fue un veneno lo que consiguió derribar a la Iglesia en su esencia, sino una dolorosa amputación de pueblos de la verdadera vid. Lutero no consiguió minar la fe de la Iglesia y el papado.

Incluso Napoleón, que hizo literalmente prisionero al Papa y que pretendía imponer la ideología laicista de la Revolución francesa, no falseó (o no supo falsear) la naturaleza de la Iglesia, a pesar de perseguirla e intentar ponerla a su servicio.

Incluso en condiciones adversas, la Iglesia siempre procuró hacer juegos malabares entre las diferentes potencias, encontrando alguna posición política, algún compromiso, que la protegiera en su misión de evangelización y santificación, sin desnaturalizar su doctrina, su misión y su identidad.

Así fue incluso después del fin del poder temporal y del Estado pontificio, en 1871, y hasta la segunda posguerra.

De 1945 a 1990 Occidente garantizó la libertad de la Santa Sede, porque los Estados Unidos consideraban a la Iglesia un muro fundamental, en la Guerra Fría, contra la barbarie, es decir, el comunismo del Este europeo.

Los partidos democristianos occidentales –comenzado por la Democracia Cristiana⁶ en Italia– representaban el intermediario concreto de esta alianza entre Santa Sede y EE.UU. Pero una alianza en la que la Santa Sede era libre y que permitía también a la DC no ser «sierva de los americanos», como demuestra -por ejemplo- la previsora política de Aldo Moro, que no por casualidad estaba muy unido a

Pablo VI (en este contexto hay que recordar el nombre de Enrico Mattei, que encarnaba muy bien la relativa independencia de la política exterior italiana).

Con la caída del comunismo en 1989 también el Vaticano (con la Iglesia católica), así como Italia, perdió importancia geopolítica y perdió la «protección» americana.

En Italia este hecho llevó al fin de la Primera República y a la disolución de los viejos partidos (sobre todo la DC).

¿Y el Vaticano? El Vaticano necesitó más tiempo. De hecho, en los años noventa pudo continuar su misión, sin ser arrollada por el nuevo orden mundial, porque el carisma de Juan Pablo II, vencedor moral y no violento del comunismo, era tal a los ojos de los pueblos que garantizaba una plena libertad a la Iglesia.

Así el Papa polaco pudo oponerse -con firmeza y autoridad- a la primera guerra en Iraq de George Bush². Fue una gran señal de libertad e independencia de la Santa Sede y de fidelidad a su misión. Pero ya con esos hechos se comenzaron a percibir fisuras y signos de gran irritación al otro lado del océano.

Se estaba iniciando una revolución planetaria que investiría también a la Iglesia y que amenazaba con arrollar su naturaleza.

Sucedió primero -con la presencia de Bush junior- cuando se quiso reclutar a la Iglesia contra Saddam Hussein desde la perspectiva *neocon* de una guerra al islam, en realidad, paradójicamente, a la parte más laica del islam, con efectos devastadores una vez más para los cristianos de Oriente. Una guerra bastante opaca que, como la precedente, olía a petróleo.

Pero la Iglesia (que, sin embargo, era muy consciente del problema que representa el islam) se negó a transformarse en una capellanía de la Casa Blanca, como una más de las tantas confesiones fundamentalistas protestantes americanas. La debilidad de Bush junior y la fuerza moral del pontificado de Juan Pablo II no permitieron que se realizara este proyecto.

Después el juego se volvió más duro. Con la presiden-

cia de Barack Obama/Hillary Clinton –en continuidad con las presidencias de Bill Clinton de los años Noventa– se impuso a escala planetaria una ideología laicista disfrazada de ideología *politically correct*, que apoyaba la hegemonía mundial de los EE.UU. y la globalización mundial.

Así, el pontificado de Benedicto XVI se convirtió en un obstáculo. Adquirió fuerza la idea de transformar la Iglesia católica a imagen de las (moribundas) confesiones protestantes del norte de Europa, apoyando también una Unión europea liderada por Alemania y –con Maastricht y el euro– columna de la globalización del mercado, alineada además con la nueva ideología «obamiana».

Es necesario comprender bien este momento histórico. Muerto Juan Pablo II en 2005, con el pontificado de Benedicto XVI, pero sobre todo después de la elección de Barack Obama a la Casa Blanca y la llegada de Hillary Clinton al Departamento de Estado, por primera vez en siglos, la Iglesia católica se encontró totalmente indefensa al no poder contar ya con la alianza estratégica de ninguna potencia política.

De hecho, ya ningún país importante es, políticamente, de área católica o, en cualquier caso, cercano a la Santa Sede, y la Unión europea con el dominio franco-alemán está alineada con la agenda Obama (que es también la agenda fuertemente ideologizada de los grandes organismos supranacionales como la ONU).

Por parte de Benedicto XVI no existía ninguna preconcebida actitud distante respecto a los EE.UU.; al contrario, en un discurso de 2008, tuvo palabras muy elogiosas sobre la relación entre Estado e Iglesia en ese gran país, considerándolo un ejemplo de «sana» laicidad:

Desde el alba de la República, [...] Estados Unidos ha sido una nación que valora el papel de las creencias religiosas para garantizar un orden democrático vibrante y éticamente sano [...]. El aprecio histórico del pueblo estadounidense por el papel de la religión para forjar el debate público y para

iluminar la dimensión moral intrínseca en las cuestiones sociales –un papel contestado a veces en nombre de una comprensión limitada de la vida política y del debate público– se refleja en los esfuerzos de muchos de sus compatriotas y líderes gubernamentales para asegurar la protección legal del don divino de la vida desde su concepción hasta su muerte natural y salvaguardar la institución del matrimonio, reconocido como unión estable entre un hombre y una mujer, así como de la familia⁸.

Pero todo esto sucedía antes de la elección de Barack Obama. Roberto Regoli, que ha dedicado un importante estudio al pontificado de Benedicto XVI, observa:

Con la presidencia de Barack Obama cambia la música [...], hay choques [...] sobre los matrimonios homosexuales, el aborto, la investigación con células estaminales. La misma Conferencia episcopal nacional no se pone de acuerdo con la Administración de Washington sobre la reforma sanitaria o sobre la llamada agenda «liberal»².

Esta es la cuestión: esa agenda liberal se convierte en una apremiante agenda ideológica para todo el mundo.

Benedicto XVI –que ya sufría una fuerte oposición modernista dentro de la Iglesia– se encontró de repente siendo un gran signo de contradicción respecto a la corriente dominante, los medios de comunicación social y los proyectos de los poderes mundanos que ya apuntaban a una verdadera y propia «normalización» de la Iglesia católica, por medio de lo que definen «apertura a la modernidad», es decir, una «protestantización» que arrasa con las características fundamentales.

De alguna manera, Benedicto XVI (sobre todo en los últimos cinco durísimos años de pontificado) ha encarnado la figura profética de la Iglesia que Pier Paolo Pasolini entreveía en los años setenta, aunque -no pudiendo prever en detalle la caída del comunismo, la globalización y el poder financiero planetario- daba al enemigo el nombre genérico y engañoso de «consumismo».

Pero supo entrever el rostro de un nuevo totalitarismo detrás de las caretas libertarias de las nuevas costumbres sexuales queridas por el poder.

Escribió: «Si muchas y graves han sido las culpas de la Iglesia [...] la más grave de todas sería la de aceptar pasivamente su propia liquidación por parte de un poder que se burla del Evangelio».

Y continuaba:

[La Iglesia, NdA] debería pasar a la oposición. [...] Debería pasar a la oposición contra un poder que la ha abandonado tan cínicamente, con la intención de reducirla sin escrúpulos a puro folclore... Retomando una lucha que, por otra parte, se encuentra en sus tradiciones (la lucha del papado contra el Imperio) –pero no para la conquista del poder–, la Iglesia podría ser la guía, grandiosa y no autoritaria, de todos los que rechazan [...] el nuevo poder consumista que es completamente irreligioso, totalitario, violento, falsamente tolerante, más represivo que nunca; corruptor; degradante. [...] O hacer esto o aceptar un poder que ya no la quiere: o sea, suicidarse¹⁰.

Una intuición profética que treinta años después se hizo realidad y que se refleja en las dramáticas palabras con las que el cardenal Joseph Ratzinger abrió el cónclave del 2005 denunciando una verdadera y propia «dictadura del relativismo» que se estaba instaurando (incluso antes de la presidencia Obama).

A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos¹¹.

De aquél cónclave salió elegido precisamente el carde-

nal Ratzinger. Y en la misa de inicio de pontificado pronunció palabras totalmente inéditas por su dramatismo.

Benedicto XVI era quizás el único que tenía conciencia de la situación desde el comienzo de su pontificado, y procuró que el pueblo cristiano lo intuyera precisamente en esa misa de comienzo de pontificado, es decir, el acontecimiento más solemne y público.

Increíblemente, sus palabras, verdaderamente inusuales para tales ceremonias y para un hombre como Ratzinger, pasaron casi inobservadas, pero esto tampoco pudo ser una casualidad. Dijo en su homilía: «Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos»¹².

Nadie se preguntó el motivo de esa expresión sorprendente, o quienes podrían ser los lobos a los que aludía.

Nadie se preguntó por qué un hombre siempre prudente y mesurado como Joseph Ratzinger había decidido lanzar esa «bomba» en un momento tan solemne en el que tenía sobre sí los ojos de la Iglesia y del mundo.

Nadie se preguntó cuál era el conflicto titánico que Benedicto XVI sabía que tenía que afrontar. No era sólo un conflicto con el mundo –de repente contrario a la Iglesia–, sino también dentro de la propia Iglesia.

Impresiona el hecho de que la hostilidad contra Benedicto XVI reuniera las realidades más diferentes. Fue evidente cuando, el 12 de septiembre de 2006, pronunció el histórico –y formidable– discurso de Ratisbona, totalmente tergiversado por los medios de comunicación.

Aquél discurso, que no era una declaración de guerra, sino, al contrario, una mano tendida tanto al mundo islámico como al laico Occidente, basado en el terreno común de diálogo representado por la razón, atrajo hacia el pontífice los ataques y la hostilidad de los musulmanes, del Occidente laico y del universo católico progresista. Escribió René Girard: «Lo que yo veo en este discurso es, ante todo, una defensa de la razón. Todos se han lanzado contra el Papa (pero) este Papa, considerado un reaccionario, se ha comportado como un defensor de la razón».

Tampoco hay que olvidar que en 2007 Benedicto XVI

tuvo que rehusar la invitación del rector de la Universidad de Roma La Sapienza a pronunciar la clase inaugural del año académico a causa de las furibundas reacciones que esa invitación suscitó en el mundo intelectual y universitario. Un episodio emblemático del clima en que Benedicto XVI tuvo que guiar a la Iglesia.

¹ Serafino M. Lanzetta, *En la raíz de la crisis actual de la Iglesia*, en Sandro Magister, *La enfermedad de la Iglesia se llama posmodernismo. El diagnóstico de un teólogo*, «L'Espresso», 5 de octubre de 2018, <http://magister.blogautore.espresso.repubblica.it/2018/10/05/la-enfermedad-de-la-iglesia-se-llama-posmodernismo-el-diagnostico-de-un-teologo/>. R. Emmett Tyrrell Jr., *The Pope at a Loss for Words*, «The Washington Times», 16 de octubre de 2018, [tps://bit.ly/2PGV2Xu](https://bit.ly/2PGV2Xu), traducido en italiano en el portal <https://bit.ly/2ypgrhf>.

² Walter Brandmüller, *Es necesaria una ley que establezca el estatuto del ex-papa*, en Sandro Magister, *Brandmüller: «La renuncia del Papa es posible, pero hay que esperar que no suceda nunca más»*, «L'Espresso», 18 de julio de 2016, <https://bit.ly/2E4BM4P>.

³ Fabrizio Grasso, *La rinuncia*, Algra Editore, Viagrande (CT) 2017, pág. 33.

⁴ John Henry Newman, *Gli Ariani del IV secolo*, G. Colombi-E. Guerriero (Coordinadores), Jaca Book–Morcelliana, Milán–Brescia 1981, págs. 216-217.

⁵ Cfr. Rodney Stark, *Il trionfo del Cristianesimo*, Lindau, Turín 2012, págs. 418-ss. En español: *La expansión del cristianismo*, Editorial Trotta, 2009.

⁶ A partir de aquí, utilizaremos las siglas DC. [N.d.T.]

⁷ El tiempo ha demostrado que Juan Pablo II tenía razón. Aquella guerra dio inicio a una periodo desastroso para el mundo y trágico para los cristianos de Oriente Medio. Véase Andrea Torielli, *La guerra in Iraq e la profezia di san Giovanni Paolo II*, VaticanInsider, 8 de julio de 2016, <https://bit.ly/2C0ijQp>.

⁸ *Discurso de Su Santidad Benedicto XVI a S.E. la señora Mary Ann Glendon, nueva embajadora de los Estados Unidos de América ante la Santa Sede*, 29 de febrero de 2008, http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/february/documents/hf_ben-xvi_spe_20080229_ambassador_usa.html.

⁹ Roberto Regoli, *Oltre la crisi della Chiesa. Il pontificato di Benedetto XVI*, Lindau, Turín 2016, págs. 354-355.

¹⁰ Pier Paolo Pasolini, *Lo storico discorsetto di Castelgandolfo*, en *Scritti corsari*, Garzanti, Milán 1995, págs. 77-81. Originalmente publicado en el «Corriere della Sera» del 22 de septiembre de 1974 con el título: *I dilemmi di un Papa, oggi*. En español: *Escritos Corsarios*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2009.

¹¹ *Missa pro eligendo romano pontefice*, homilía del cardenal Joseph Ratzinger, decano del Colegio cardenalicio, 18 de abril de 2005, http://www.vatican.va/gppl/documents/homily-pro-eligendo-pontifice_20050418_sp.html.

¹² Homilía de Su Santidad Benedicto XVI, 24 de abril de 2005, https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2005/documents/hf_ben-xvi_ho-m_20050424_inizio-pontificato.html.